

juntáos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejes de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luégo el amor que os tiene, que no es pequeño bien, y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

CAPITULO XXVII.

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Pater noster*; y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. Padre nuestro, que estás en los cielos. ¡Oh Señor mio, cómo parecis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y haceis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplacion perfecta! ¡Oh con cuánta razon entraria el alma en sí para poder mejor subir sobre sí mesma á que le diese este santo Hijo á entender qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mias, que tal merced como esta no es razon se tenga en tan poco, que despues que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mio! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar: obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á Él, como el hijo pródigo. Háenos de perdonar, háenos de consolar en nuestros trabajos, háenos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que, forzado, ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en

Él no puede haber sinó todo bien cumplido, y despues de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mio, que ya que á Vos, con el amor que nos teneis y con vuestra humildad, no se os ponga nada delante, en fin, Señor, estais en la tierra y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho: mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, Vos lo decís, es razon que mireis por su honra, ya que estais Vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le he de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habeis mostrado ser una cosa con Él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando y encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y, con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer sinó Vos, Señor? Al ménos bien veo, mi Jesús, que habeis hablado, como Hijo regalado, por Vos y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seais por siempre, Señor mio, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues paréceos, hijas, que es buen Maestro éste? Para aficionarnos á que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. ¿Pues paréceos ahora que será razon que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? ¿Pues qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad y señorío? Aun, si no lo fuera, no me espantara no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que, si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega á Dios, haya acuerdo de cosas destas; sería infierno, sinó, la que fuere más tome ménos á su Padre en la boca; todas han de ser iguales. ¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que ha-

bia de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sinó debatir si será buena para adobes ó para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luégo remedio, y ella tema no sea estar Judas entre apóstoles: dénla penitencias hasta que entienda, que áun tierra muy ruin no mereció ser. Buen Padre os teneis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro padre para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con Él y echaros en sus brazos. Ya sabeis que no os echará de sí si sois buenas Hijas; ¿pues, quién no procurará no perder tal Padre? Oh válame Dios y que hay aquí en qué os consolar, que, por no me alargar más, lo quiero dejar á vuestros entendimientos, que, por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

CAPITULO XXVIII.

En que declara qué es oracion de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse á ella.

1. Ahora mirad qué dice vuestro Maestro «Que estás en los cielos». ¿Pensais que importa poco saber qué cosa es cielo, y á dónde se ha de buscar á vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sinó procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recojer el alma. Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está que á donde está el rey está la corte: en fin, que á donde está Dios es el cielo; sin duda lo podeis creer, que, á donde está su Majestad, está toda la gloria! Pues mirad que dice San Agustin que le buscaba en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mismo. ¿Pensais que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no há menester para hablar con su Padre

eterno ir al cielo, ni para regalarse con Él, ni há menester hablar á voces? Por paso (1) que hable, está tan cerca, que nos oirá, ni há menester alas para ir á buscarle, sinó ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huéspedes, sinó, con gran humildad, hablarle como á Padre, pedirle como á Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el Rey os hace una merced no la tomeis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¡que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced y por holgarse conmigo, y que, por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con Él, ni tomar lo que me da, sinó que le deje solo! ¡Y que, estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y áun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme!

2. No os cureis, hijas, destas humildades, sinó tratad con Él como Padre y como con Hermano, y como con Señor, y como con Esposo, á veces de una manera, á veces de otra, que Él os enseñará lo que habeis de hacer para contentarle. Dejáos de ser bobas; pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con Él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oracion que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad á enseñarla su divino Maestro, y á darla oracion de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma, puede pensar en la Pasion, y representar allí al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto y á la columna.

3. Las que desta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde está el que le hizo á él

(1) En voz baja y despacio.

y á la tierra, y se acostubrán á no mirar ni estar á donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar á beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que, con un poco de buen tiempo, se pone en el fin de la jornada en pocos dias, y los que van por tierra, tárdanse más. Estos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra; aquel rato hacen lo que pueden por librarse della, recogiendo sus sentidos.

4. Así mesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operacion (que no sé cómo lo da á entender, quien lo tuviere sí entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Alzase al mejor tiempo, y, como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dáles de tal manera de mano, que, sin entenderse, se le cierran los ojos por no las ver, porque más se despierte la vista á los del alma. Así quien va por este camino, casi siempre que reza, tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza á no mirar las de acá: esto al principio, que despues no es menester, mayor se la hace cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse, y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay más y ménos en este recogimiento, mas si se acostumbra (aunque al principio da trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido), mas si se usa algunos dias y nos hacemos esta fuerza, verse há claro la ganancia, y entenderán, en comenzando á rezar, que se vienen las abejas á la colmena y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor que, por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma y voluntad con este señorío, que, en haciendo una seña, no más de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos y se reco-

jan á ella. Y, aunque despues tornen á salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos y sujetos y no hacen el mal que ántes pudieran hacer, y en tornando á llamar la voluntad, vienen con más presteza, hasta que, á muchas entradas destas, quiere el Señor se queden ya del todo en contemplacion perfecta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque, aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Así que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de cómo nos acostumbremos á tan buen modo de proceder. Están más seguros de muchas ocasiones. Pégase más presto el fuego del amor divino, porque, con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mismo fuego: con una centellica que les toque se abrasará todo. Como no hay embarazo de lo exterior, estése sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como á la verdad lo es; que es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras: y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro hùesped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazon.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficcion para darlo á entender) y podrá ser aproveche mucho, á vosotras en especial, porque como no tenemos letras las mujeres, todo es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparacion, dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacías en lo interior, y plega á Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido; que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal Hùesped dentro de nosotras, que nos diésemos tanto á las cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Pues ¿qué más hace una alimaña, que, en viendo lo que la contenta á la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha haber dellas á nosotras.

8. Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto; y ternán razon, porque para mí fué escuro algun tiempo. Bien entendia que tenía alma, mas lo que merecia esta alma, y quien estaba dentro della, porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo, no lo entendia. Que, á mi parecer, si como ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entónces lo entendiera, no lo dejara tantas veces solo: alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan súcia. Mas ¡qué cosa de tanta admiracion, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña! Así quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande, no se da á conocer hasta que va ensanchando esta alma poco á poco, conforme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinacion, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Esta es su condicion, y tiene razon su Majestad, no se lo neguemos. Y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da á Sí del todo, hasta que nos damos del todo á Él: esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces; ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar. Es amigo de todo concierto: pues, si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿Pensais, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo «Que estás en los cielos?» Pues un tal Rey á osadas que no le dejen solo los cortesanos, sinó que están con Él, rogándole por nosotros para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penseis que es como acá, que, si un señor ó perlado favorece á alguno por algunos fines, ó porque quiere, luégo hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

CAPITULO XXIX.

Prosigue en dar medios para procurar esta oracion de recogimiento: dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de Perlados.

1. Por amor de Dios, hijas, no cureis de daros nada por estos favores: procure cada una hacer lo que debe, que si el Perlado no se lo agradeciére, segura puede estar lo pagará y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí á buscar premio en esta vida: siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningun caso hagamos, que áun para lo que se vive no es durable; que hoy está bien con la una, mañana, si ve una virtud más en vos estará mejor con vos, y si nó, poco va en ello. No deis lugar á estos pensamientos, que á las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sinó atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aún esto es bajo remedio, y no mucha perfeccion: lo mejor es que dure, y vos desfavorecida y abatida, y lo querais estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos, y miráos interiormente, como queda dicho, hallareis vuestro Maestro, que no os faltará: miéntras ménos consolacion exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. Es muy piadoso, y á personas afligidas y desfavorecidas jamás falta, si confian en Él solo. Así lo dice David, que está el Señor con los afligidos. O creéis esto, ó no: si lo creéis, ¿de qué os matais?

2. ¡Oh Señor mio, que si de veras Os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho á los que se quieren fiar de Vos! Creed, amigas, que es gran cosa entender que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvian algo el alma de andar dentro de sí. ¡Oh, válame Dios, quién os hiciese entender esto! No yo, por cierto, que sé, que con deber yo más que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues, tornando á lo que decia, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador Santo de los Santos, sin impedir á la soledad, que Él y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en

este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí á todo lo del mundo. Digo que quiere, porque entended que esto no es cosa sobrenatural del todo, sinó que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que, sin esto, no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sinó encerramiento dellas en sí mismas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente á Dios; y aún en las mismas ocupaciones retirarnos á nosotros mismos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo, de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, sólo es que veamos y estemos con quién hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas; que no me parece otra cosa estar hablando con Dios y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sinó lejos, y cuán lejos si le vamos á buscar al cielo. ¡Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros! No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran ¿y cerramos los ojos para no mirar que nos mirais Vos? ¿Cómo habemos de entender si habeis oído lo que os decimos? Sólo esto es lo que querría dar á entender, que, para irnos acostumbrando con facilidad á ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla y con quien habla, es menester recoger estos sentidos exteriores á nosotros mismos y que les demos en qué se ocupar; pues es así que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando á gustar, de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará á sentir como está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque, á poco tiempo que forcemos á nosotras mismas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas; de manera, que, si habíamos de decir muchas veces el *Pater noster*, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos más de una vez, como entendamos que estamos con Él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros. No es ami-

go de que nos quebre las cabezas hablándole mucho. El Señor lo enseñe á las que no lo sabeis, y de mí os confieso, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con que, quien lo quisiere adquirir (pues como digo está en nuestra mano) que no se canse de acostumbrarse á lo que queda dicho, que es señorearse poco á poco de sí mismo, no se perdiendo en balde, sinó ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo: si oyere, acordarse há que ha de oír á quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía; y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo á su Padre, que está necesitada dél. Si pudiere, muchas veces en el día; si nó, sea pocas: como lo acostumbrare saldrá con ganancia, ó presto, ó más tarde. Despues que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningun tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que, si lo teneis un año, y quizá en medio, saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo, para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantaros á grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega á su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amen.

CAPITULO XXX.

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oracion. Trata de estas palabras del *Pater noster*, SANCTIFICETUR NOMEN TUUM. Apicalas á oracion de quietud, y comiézala á declarar.

1. Ahora vengamos á entender cómo va adelante nuestro buen Maestro, y comienza á pedir á su Padre Santo para nosotros: ¿y qué le pide, que es bien lo entendamos? Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide á una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle, y